

LUIS MONTAÑA

EPISODIOS DE LA GUERRA CIVIL

LOS CENTAUROS
DE ESPAÑA
EN EL
PUERTO DEL PICO

G-F 5990

2

60 Cts

LIBRERIA SANTAREN - VALLADOLID



D G C C
A -

EPISODIOS DE LA GUERRA CIVIL

POR

L U I S M O N T A N

ILUSTRACIONES DE «GEACHE»

Los centauros de España en el Puerto del Pico

EPISODIO NÚMERO 2

+ 81344
C. 1115983

LIBRERÍA SANTARÉN - VALLADOLID



R. 66222

EPISODIO PUBLICADO:

Núm. 1.—Cómo fué tomado el Alto del León.

*Al General Don José Monasterio
Stuart, brazo y cerebro directores de la
heroica gesta de la Caballería Espa-
ñola en el Puerto del Pico.*

El Autor.

LOS CENTAUROS DE ESPAÑA EN EL PUERTO DEL PICO

EL BRINDIS JUNTO AL PISUERGA

Corría el mes de Agosto de 1936. Ya estaba España en guerra y sus infantes ceñían laureles de heroísmo en Castilla y Guipúzcoa, en Aragón y Asturias, en Andalucía y Extremadura. Las gentes, desconocedoras de los acuerdos del Mando, comenzaban a mostrar su extrañeza por la inactividad de la gloriosa Caballería española.

—¿Cómo no sale la Caballería?

—Es extraño. Pero no hay que impacientarse. La Caballería tiene su gran papel en esta guerra, y ya saldrá.

Estábamos por los últimos días de la primera quincena del mes, y una mañana llegó a Valladolid el general Ponte, uno de los más brillantes jefes de la Caballería hispana, al frente de cuyos centauros se había cubierto ya de gloria sobre las planicies africanas y había regado con su sangre la conquista al borde de los zocos.

Había sido el Arma de Caballería una de las más perseguidas por Azaña en su labor destructora del Ejército desde el Ministerio de la Guerra y el general Ponte y el coronel de Castillejos, don José Monasterio, dos de las figuras del Arma, sobre las que el siniestro político había amontonado más rencor y más obstinadas persecuciones.

Ignoraba la España de la Reconquista que por las fechas anteriormente citadas y en la hora en que el general Ponte hacía su entrada en Valladolid llevando una nueva y honrosa cicatriz, aun con la herida abierta por el plomo rojo, ya la alta dirección del movimiento tenía trazado su plan acerca de la intervención de la Caballería en la campaña. La fecha estaba ya próxima para los jinetes de Farnesio, Numancia, España, Calatrava y Villarrobledo, y para solemnizar el fausto que para todo soldado español supone la llamada en defensa de la Patria amenazada, una mañana, entre los plataneros del Pisuerga, cincuenta manos se unieron en un brindis por España y por sus caballeros. Fué en una comida íntima que los jefes y oficiales de Caballería residentes en Valladolid y algunos que se hallaban de paso en la ciu-

dad, ofrecieron en sencillo homenaje al general Ponte y al coronel Monasterio. Era el desagravio que la Caballería española rendía a sus grandes jefes por mil vilezas y escarnios con ellos cometidos, al amparo de la impunidad de un uniforme de ministro.

El general Ponte habló a los reunidos de los deberes de los centauros de España con su Patria y de las nuevas glorias que la reconquista tenía reservadas a los caballeros del Arma. «El sable en manos de un jinete que sabe ser buen soldado, muerde como un diente de acero. Y esta guerra se ha de ganar a cañonazos, a tiros, a bayonetazos y con los mordiscos de los sables de nuestros jinetes indomables, siempre sobre el camino de la victoria».

Aquel acto celebrado en el «parquet» de las «Piscinas Samoa», volvió a unir para siempre los destinos de nuestros bravos caballeros.

ENTRE LAS MURALLAS DE AVILA

El Mando había concentrado entre las murallas de la Avila histórica y legendaria, la mayor parte de la Caballería que se hallaba afecta al movimiento formado por los Regimientos de España, Villarrobledo, Calatrava y Numancia, quedando el de Farnesio en Valladolid, en espera de órdenes de incorporación; pero a primeros de Agosto se declara en el ganado del de España la «pasterolosis» y Farnesio recibe el mandato de salir para Avila, con objeto de sustituir a los jinetes del España, cuyo ganado con el personal de un escuadrón marcha por carretera a estacionarse en las inmediaciones de Aldeavieja, hasta nuevas órdenes.

El día 16 sale de Valladolid, por carretera, con dirección a Avila, el teniente coronel de Farnesio señor Monasterio con su capitán ayudante don José María Balmori. A la misma hora, en otros coches, salen hacia la misma ciudad los restantes mandos del Regimiento, que regresan el día 29 para hacerse cargo nuevamente de los mandos y organizar la salida de Farnesio en la madrugada del mismo día con dirección a la capital abulense, cosa que se hace por tren. La expedición consta de tres escuadrones de sables y una sección de ametralladoras.

El Mando había dispuesto la salida de Valladolid a tan interpestiva hora, con objeto de evitar toda manifestación pública, ya que jefes y oficiales y hasta soldados de Farnesio son en su mayoría hijos de la ciudad y en ella gozaban de los afectos de familiares y amigos.

La salida se preparó con tanto sigilo, que incluso a la oficialidad no se le dice abiertamente ni la hora de partida ni el punto de destino. Sólo recibe una simple orden de marcha, fijándose la hora de las ocho de la noche para su presentación en el cuartel. Mucho menos se le comunica a la tropa. A ésta se la ordena por la mañana del día 29 que prepare los equipos para que al toque de «botasillas» sean colocadas las monturas y emprender la marcha.

No obstante, entre la oficialidad y aun entre los soldados la urgencia de las órdenes recibidas les abre de nuevo la esperanza, ya que desde que se inició el movimiento todos arden en el mismo deseo de salir para el frente.

Al teniente Durruti le paran al mediodía los amigos en «el Cantábrico»:

—Oye, Perico: ¿es cierto que os marcháis esta noche?

—No sé; pero no me la haríais bueno. Yo ya daría algo para salir zumbando no esta noche, sino ahora mismo.

La noticia comienza a esparcirse por Valladolid.

En las caballerizas de Farnesio se advierte gran actividad entre los soldados. Estos bromean, cantan, parecen como poseídos de un santo optimismo.

—¿Tú crees que es para irnos al frente?

—Yo no sé para dónde iremos; pero por si las moscas, estoy dejando el mosquetón que sólo con mirarlo se dispara.

Otro soldadito detiene el cepillo sobre las ancas del fino pelo de su alazán, y le dice:

—¡Vaya lujo, «Primoroso»! Cuando lleguemos a Madrid te voy a casar con la novia de Mangada.

A las doce y media de la noche estaba ya en Farnesio todo preparado para la marcha. La salida hasta la Estación tenía que hacerla la fuerza por el Paseo de los Filipinos y Plaza de Colón. Era la una de la madrugada, y a pesar de lo intempestivo de la hora, en los alrededores de la estación se veía un gran gentío, que cuando aparecieron los jinetes de Farnesio los vitoreó con el mayor entusiasmo. Los soldados marchaban al paso, felices y jocundos, cantando el Himno de Falange y dando estentóreos vivas a España. Bajo la noche cerrada, el desfile parecía envolverse en un aire de impresionante misterio. Sólo los vivas y aclamaciones turbaban la paz augusta del momento con sus secos estallidos de cohete.

Una vieja se abraza a la pierna de un soldado:

—¡Adiós, hijo! Que tengas suerte.

El teniente Carretero va procurando apartar la gente desde su ca-

ballo, que trenza cuidadosamente el paso de medio lado. La vieja le dice:

—¡Cuidemelo usted bien, señor capitán!

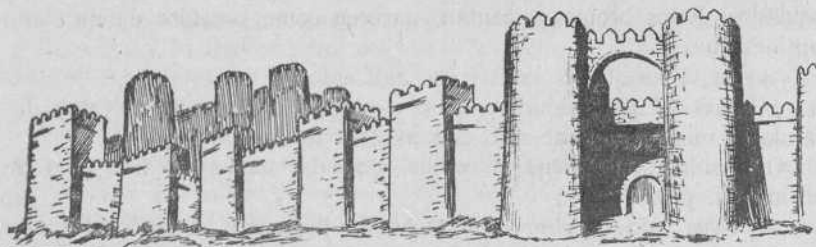
Carretero sonríe bondadoso:

—Bien, señora. Y que volvamos todos.

El tren arrancó cautelosamente iluminando la ferrovía de un tono rojizo de carbones encendidos. El soplo profundo de la locomotora se confunde con los vítores que van quedando cada vez más lejos.

EN AVILA BAJO LA AVIACIÓN

A Avila se llega ya de madrugada. La histórica ciudad dormía a la sombra de sus murallas. Farnesio quedó vivaqueando en el Parque



de San Antonio. Ya se encontraban en la población las restantes fuerzas de caballería allí concentradas para formar la columna, que al mando del coronel Monasterio esperaba órdenes superiores para salir al campo. Por temor a cualquier posible ataque de la aviación enemiga, las fuerzas habían sido hábilmente distribuidas en diferentes lugares, como el Convento de Santo Tomás, el Seminario, la Comandancia Militar y la antigua Academia de Intendencia.

La concentración de la Caballería en Avila dió a la ciudad una animación inusitada. En la Plaza de Santa Teresa, jefes, oficiales y soldados ponían sobre la población transeunte la sinfonía azul de sus uniformes y el clásico Café de Pepillo era el lugar de cita y reunión de la oficialidad de los diferentes Regimientos que encendían, aun sin darse cuenta, la llama del patriotismo y del deseo de lucha en sus conversaciones.

La llegada de las fuerzas de Farnesio, mandadas por el comandante don César Balmori, despierta en los abulenses la sospecha de que algo se prepara a cargo de la Caballería. Pero la reserva es impenetrable, y la gente se limita a argumentar tan sólo sobre conjeturas.

Avila se entrega de lleno a sus nuevos huéspedes, colmándoles de agasajos y atenciones.

Los frailes del Convento de Santo Tomás obsequian a jefes y oficiales con una comida que se celebra en el mismo refectorio de los Padres. La bodega del Convento se abre como en los días de las grandes solemnidades, y la comida es rociada con un vinillo viejo y dulce, entre cuyo néctar se abren los brindis en homenaje a los caballeros visitantes.

Los Padres de San Francisco, que poseen entre otros tesoros de fe y de devoción el famoso cordón del Cristo de las Batallas, hacen entrega de éste a nuestros heroicos jinetes. La donación la hacen los mismos franciscanos que cuelgan sobre el pecho de jefes y oficiales la preciada reliquia. Las monjas teresianas les envían medallas, las damas abulenses les obsequian con primorosos «detentes» y pequeños crucifijos. Todo contribuye a cargar el ambiente de ese augurio de grandes acontecimientos que el pueblo cree percibir en el aire que respira. Y el pueblo raramente se equivoca. En efecto, a la caída de la tarde, el ruido de los cascos de los caballos abre precipitadamente puertas, balcones y ventanas. La gente se echa a la calle. La Caballería se marcha. La ciudad toda se llena de un vótor resonante. Los soldados pasan por bajo las murallas envueltos en el aire triunfal de un himno de guerra y de amor. Van ebrios de una alegría nueva. Es que van a la guerra por España.

La fuerza que avanza camino adelante la forma la vanguardia de la columna. Son jinetes de Numancia al mando del comandante don Jesús Velasco.

Amanece el día 31 de Agosto con una mañana clara. Corre una «mareta» fresca nacida en las cumbres gredenses. A las ocho y media, un precipitado volteo de campanas anuncia la proximidad de un avión.



La gente se refugia en las casas; las ametralladoras antiaéreas se preparan sobre las murallas.

El avión, que trae dirección S. O. se interna, describiendo un semicírculo sobre la ciudad y de pronto se oyen casi consecutivas diez grandes detonaciones. Se trata de un trimotor rojo que está bombardeando la población. Siete de las bombas caen en las inmediaciones del edificio donde vivaquean las fuerzas de Farnesio. Han resultado tres soldados heridos leves. Entre el ganado, cinco caballos han recibido también el plomo de la metralla.

CAMINO DEL FRENTE

A las seis de la tarde circula por la población el rumor de que al atardecer saldrán nuevas fuerzas. La noticia se ve plenamente confirmada, y a las siete y media sale de Avila el grueso de la columna. El pueblo en masa hace objeto a los jinetes de una delirante despedida.

Las fuerzas expedicionarias van bajo los siguientes mandos:

Coronel: don José Monasterio, con el capitán Gómez Vega de ayudante.

Tenientes coroneles: Don Félix Monasterio y don Marcelino Gavilán.

Farnesio, Numancia, Villarrobledo y España, son mandados por los comandantes Balmori (don César), Velasco, Marchena y Velao, respectivamente.

Capitanes: Balmori (don José María y don Carlos), Silió, Jurado, Vaquero y Castrosierra.

Tenientes: Durruti, Vivas, Carretero, Marcos, Rengifo, Riñón, Herrero, Triana, García, Vaquero, Escribano, Rumayor, Unibaso y Moreno Catalina, entre otros.

Con el mando de la columna marcha también como miembro del Estado Mayor, el comandante Alvarez Serrano y los capitanes Caldevilla, Seoane y Cútolí. El capitán Seoane va en misión de enlace de la columna con los Mandos superiores, y el capitán Cútolí, de enlace del coronel con las agrupaciones de los diferentes escuadrones. Igualmente forman parte de la columna dos tenientes de Intendencia, varios jefes de Sanidad, entre los que figura el capitán médico Mantecón, el capellán castrense don Constantino de Lucas, el padre Elías y otro sacerdote.

La columna avanza por la carretera que abre su amplia cinta entre descampados y monte abajo de alcornoques y breñales. Es ya noche cerrada. La luna aún baja ilumina de costado la marcha, dibujando en negro las siluetas de caballos y jinetes sobre los lindes.

Se pasa por el puente sobre el río Adaja siguiendo el itinerario previsto. La cabalgata avanza a un promedio de seis kilómetros a la hora con objeto de hacer el recorrido durante la noche y burlar de ese modo la posible vigilancia y ataque de la aviación enemiga.

El primer pueblo que se cruza es Salobral, dormido en la quietud de la hora. Todo él está herméticamente cerrado, envuelto en un silencio de cosa muerta. Ni una rendija de luz, ni una ventana abierta. En una coraliza ladra un perro. Los caballos pisan sobre la quebrada que la luna proyecta en las calles recortando el perfil de tejados y aleros, y en el vacío de la hora se percibe el dramatismo de la guerra en su incopiable crudeza.

Jefes, oficiales y soldados van cruzando los diálogos. Se marcha con la más serena tranquilidad, como si se acudiese a unas maniobras.

Los tenientes Durruti y Carretero hablan de caballo a caballo. Durruti, jovial, buen humorado siempre en su temple de gran soldado dice:

—¿Tú ves? Luego nos quejaremos si oímos decir que los de Caballería somos unos trasnochadores.

—Con lo dormilón que soy yo. Yo para vivir de noche tengo que estar amando o cantando. Y ahora me tengo que aguantar. Cuando lleguemos a Mengamuñoz me voy a arrancar por «granadinas».

Se pasó luego por Solos ancho, con sus casitas enanas de adobe circundadas de eras. También el pueblo duerme. Los caballos chapotean en los regatos que cruzan sus calles, levantando a su paso un rumor largo y fuerte que se recoge y se amplía en un eco profundo. A la salida del pueblo, de una corraleda abierta salen un pelotón de ovejas que obstruyen por un instante el camino. El zagal que las conduce extiende el brazo y saluda con un potente «¡Arriba España!»



Los soldados le responden coreando el vitor.

—¿Quieres venirte con nosotros?

—¿Y las ovejas?

—Nos las comemos.

—Y luego el amo...

—¡Adiós, chaval!

La columna llega a Mengamuñoz, pueblín sito en las faldas del puerto del mismo nombre. Aun es noche cerrada. Del cielo se desprende una claridad azulada, a través de la cual se percibe el rayado gris obscuro de los primeros picos que forman como una barrera infranqueable.

El teniente coronel Monasterio cursa órdenes por mediación de su ayudante, el capitán don José María Balmori.

—Antes de que amanezca hay que distribuirse tomando precauciones contra la observación enemiga y los ataques aéreos.

El pueblo parece estar desierto. Se llama en el Ayuntamiento y en aquellas casas que tienen exteriormente más apariencias, con objeto de pernoctar donde se pueda y poner a cubierto el ganado.

Se levantan el alcalde y algunos vecinos, que inmediatamente se ponen a disposición del coronel Monasterio. Los caballos son metidos en los corrales y al amparo de los árboles y las tapias más altas, debidamente camuflados. Los jefes de la columna se echan vestidos en las casas cuya entrada les ha sido franqueada. Los soldados y algunos oficiales se tumban bajo los árboles. Son las dos de la madrugada. No corre ni una ráfaga de aire. El día promete ser caluroso. El coronel Monasterio, el teniente coronel Monasterio, sus ayudantes y el Estado Mayor pernoctan en la Venta de Mengamuñoz. La batería del siete y medio que va con la columna es cubierta de ramas y de leña, quedando de este modo oculta a cualquier reconocimiento aéreo.

El martes día uno de Septiembre, la fuerza queda detenida en Mengamuñoz, pero con orden de continuar por la noche la marcha hacia la Venta del Obispo, con objeto de unirse en este punto con la vanguardia de la columna.

El vecindario que se ha dado cuenta de la llegada del Ejército al pueblo, madruga más que de costumbre y a las cinco de la mañana ya se ven corros por las calles comentando la entrada de la Caballería.

La gente vive un día de fiesta en Mengamuñoz. Los vecinos colman de agasajos y ofrecimientos a las fuerzas. Las mozas, tocadas con unos sombreros de paja con visera y adornados con flores al estilo regional, se desviven para atender a los soldados. Junto a un arroyuelo

una linda muchacha, sentada en una peña, zurce la cazadora a un soldado. Este, en cuerpo de camisa, observa la labor minuciosa de la aguja con un chicoleo siempre a flor de labio.

Dos mozas con cántaros en el costado regresan de la fuente acompañadas de dos jinetes a pie. Uno de ellos va cantando:

«Y el día que yo
me muera
¡Ay, ay, ay!
Y el día que yooo
me muereera...»

En el poblacho apenas quedan hombres jóvenes. Una mujer vieja, con la piel tostada por los aires y el sol de la serranía, acude sollozando al capitán don José María Balmori:

—¡Señor militar: ¿y mi hijo? ¿Me traerán ustedes a mi hijo?

—¿Dónde está su hijo?

—Dios sabe dónde habrán llevado al hijo de mis entrañas. Mi amo murió y era él el único que trabajaba para mí.

—Pero ¿quién se lo ha llevado?

—Los rojos, señor, los rojos que estuvieron aquí y se nos llevaron a todos los hombres dejándonos con la tierra y el cielo.

Un labrador se aproxima al capitán. Acuden también otros oficiales, entre ellos los tenientes Durruti y Unibaso, y se forma un pequeño corro. El labrador explica así al capitán Balmori:

—Antes de llegar las milicias de Falange y de la «Jap», que mandaba el capitán Méndez Vigo, esto estaba en poder de los rojos. No se llevaron del pueblo más que el ganado y los mozos. ¿Qué se iban a llevar más si esto es tan pobre?

—¿Obligaron a los mozos?

—Sí, señor: les obligaron a seguirles apuntándoles con los fusiles. Estaban por esas lomas, y de cuando en cuando bajaban para llevarse huevos y pan y para que las mujeres les lavaran la ropa.

—¿Eran muchos?

—Unos doscientos; pero todos con una cara de «renegaos» que daba miedo verlos. Al llegar las fuerzas del capitán Méndez Vigo huyeron hacia los montes.

—Son ustedes de Avila?

—De Valladolid.

—De Valladolid era mucha de la fuerza del capitán Méndez Vigo. Y ahí en esa loma de enfrente hubo un tiroteo...

—Esos ya no vuelven por aquí.

—Nosotros, cuando les sentimos llegar esta madrugada, nos dió una alegría... Ustedes no se meten con la gente pacífica.

—Ni los soldados. Es que saben ser soldados.

—Que sí, que sí. Y no se agradece eso poco. Mire usted, mire usted cómo somos en Castilla con la gente buena.

Los vecinos, hombres, mujeres y niños rodean a los soldados que transitan por el pueblo. Un cabo lleva un niño en brazos haciéndole fiestas. Por las eras se ven llegar unos campesinos y unas chicas, casi unas niñas, cargados con enormes brazos de heno. Es comida para los caballos.

—Hasta las mujeres ayudan, señor capitán.

El capitán Balmori sonríe satisfecho.

Junto a una portalada de adobe, sentados en los aperos para trabajar la tierra, un grupo de soldados rodeados de chicos, cantan el himno de Falange. Cantan despacio, llevando el compás con las manos:

¡Ca-ra al sol
con la ca-mi-sa nueva!...

Es que les están enseñando el Himno a los pequeños.

EN PLENO PUERTO DE MENGAMUÑOZ

La columna se pone nuevamente sobre la marcha en las primeras horas de la noche. Luce una luna magnífica, pero el camino abrupto y difícil cortado a pico sobre grandes precipicios, obliga a extremar la precaución. En cabeza marcha el guía que se incorporó a la fuerza a la salida de Avila y cuyos servicios comienzan a hacerse necesarios. Se trata del médico de San Martín del Pimpollar, que se hallaba enrolado a la Falange de Avila, gran cazador y conocedor del terreno comprendido entre los Puertos de Mengamuñoz y del Pico.

El punto de destino es la Venta del Obispo, que se halla enclavada en la franja del valle que se abre entre los dos citados puertos.

La columna avanza con cierta dificultad por las grandes rampas que en pleno puerto se proyectan a los lados de la carretera.

Pasado ya el puerto se llega a la Venta de Santa Teresa, que es un modesto caserío ya en las laderas de los últimos montes. La luz de la luna es tan intensa ya en la abertura del valle, que parece que se está en pleno día.

Al entrar la avanzadilla de la columna, se oye de detrás de unas peñas una voz potente que grita:

—¡Alto! ¿Quién vive?

—¡España!

—¿Quién sois?

—Las fuerzas del coronel Monasterio.

De los peñascos surgen rápidamente dos falangistas y dos guardias civiles. Son las guardias de las milicias nacionales que manda el comandante Niño, allí acampadas.

El encuentro de la columna con las milicias se saluda con vivas a España y al Ejército. Los falangistas, «rayos» y guardias, tumbados muchos de ellos al borde de las piedras en la noche tibia, se incorporan con gran alborozo al paso de la caballería, que sólo se detiene los instantes precisos para que el comandante Niño informe al coronel Monasterio de la situación posible del enemigo por aquellos alrededores, según confidencias.

A las tres de la madrugada se llega a la Venta del Obispo. Frente a la pequeña capilla se detienen por orden del Mando la cabeza de la columna con objeto de organizar la marcha de aproximación a las posiciones avanzadas sobre el Puerto del Pico que guarecen nuevas milicias al mando del capitán Méndez Vigo.

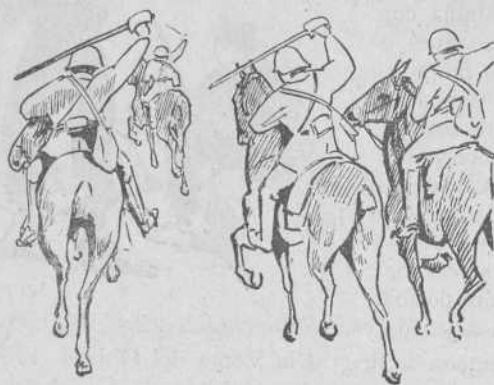


EL ENEMIGO

Orientada por el guía la columna se mete en pleno monte, luego de vadear el río, apartándose del trazado de la carretera para seguir por verdaderos caminos de herradura abiertos entre piedras y arbustos.

El avance se realiza con todo sigilo, desfilando los jinetes uno a uno formando una gran fila india en medio de un sobrecogedor silencio, sólo turbado por las pisadas de los caballos sobre la tierra. Se ha recibido la consigna de no hablar ni fumar, por si la lumbre de los cigarros al meterse las fuerzas en las espesuras de los matonrales, pueda delatar su presencia al enemigo que ya se cree próximo.

La avanzadilla entra en contacto con las posiciones ocupadas por la «charca» del capitán



Méndez Vigo en las primeras horas del amanecer y se inicia el avance de los tres escuadrones de Farnesio al mando del teniente coronel Monasterio sobre el flanco izquierdo de la línea avanzada, rebasando las posiciones de las milicias en fuerte galopada de líneas de a cuatro. La carga de los bravos jinetes de España es algo que estremece el ánimo.

Los capitanes y tenientes, como un solo hombre, al frente de las

fuerzas, arengan a sus soldados con voces inflamadas por un divino entusiasmo:

—¡A ellos! ¡Por España y por Farnesio!

Los soldados con los sables bien blandidos, brillando en mil reflejos sobre los aceros las primeras luces del día, avanzan mordiendo el viento al grito de ¡Viva España!

Los caballos galopan como si llevaran alas con dirección a los parapetos enemigos. Una lluvia de plomo no basta a detenerlos en su camino. Un balazo levanta una chispa de fuego sobre el acero del

teniente Durruti y parte en dos, por cerca de la empuñadora la hoja. Durruti grita:

—¡Perros!

Y con sólo la empuñadura del sable en su mano, izada como una antorcha de triunfo, continúa arengando a sus soldados, derecho en su carrera a vida o muerte hacia los escondrijos rojos, de los que sale con la cortina de fuego un coro violento de imprecaciones y blasfemias. El choque se agiganta por momentos. Los caballos están sólo a unos trescientos metros de las paredes rojas, y el capitán Balmori ordena sobre la marcha con voz imperiosa:

—¡Abrirse! ¡Abrirse por los dos flancos!

Le tiembla el grito de cólera y de rabia en los labios. Los jinetes de España se abren en dos alas para coger al enemigo, que ha comenzado a abandonar los parapetos, en movimiento envolvente en su huida. El cabo José Fernández se lanza desde su caballo en un salto inverosímil sobre un miliciano rojo que huye, y cae sobre su cuello con la furia de un jaguar en celo. Los dos hombres luchan a brazo partido pisoteados por los caballos que llegan detrás, ruedan entre el polvo de una ladera, confundidos en un mortal abrazo, hasta que unas breñas les detiene en su trágico deslizamiento. Se ve a José Fernández con el brazo izquierdo tenso e inviolable sujetando con su mano la derecha del enemigo que empuña una pistola, que el cabo inmoviliza con un supremo esfuerzo, pegándola contra la tierra. José Fernández mete sus dientes bajo la barbilla del miliciano rojo. Los dos cuerpos son como dos convulsiones trágicas en un apuro desesperado de las energías. José Fernández se yergue al fin vacilante. Lleva toda la guerrera destrozada, y sobre el cerco de sus labios una gran mancha purpúrea. El miliciano rojo, cara al cielo, como en una última expiación silenciosa, abre vagamente la mirada. Por su garganta fluye en pequeñas burbujas un gran caño de sangre.

Ya la Caballería ha echado pie a tierra, y desde los parapetos recién conquistados cruza su fuego de fusilería con el enemigo que se



repliega. El cabo José Fernández se cuadra marcialmente delante del capitán Balmori:

—Mi capitán: a sus órdenes.

—Coge tu fusil, muchacho.

Las posiciones quedan sólo a unos cuatrocientos metros del Puerto del Pico, a la altura de la Venta de San Miguel, que está sobre la carretera, y al amparo de nuestros fuegos avanzan las fuerzas de las milicias del capitán Méndez Vigo, con Guardia civil, y quedan en la nueva línea reforzada por las secciones de ametralladoras de los grupos de escuadrones de Farnesio, Numancia y Villarrobledo. Los escuadrones se repliegan sobre la Venta del Obispo, donde vivaquean.

INFANTES Y JINETES

En Venta del Obispo toman las fuerzas el desayuno. La noche, en marcha constante, ha sido muy larga, y es conveniente reponer energías.

Quedan ocultos los caballos, y jefes, oficiales y tropas se distribuyen en grupos en espera de un poco de café. El tema en los corrillos es el éxito de la operación recientemente realizada. El coronel Monasterio tiene palabras de encendido elogio para todos. En uno de los corros conversan animadamente el capitán Silió y los tenientes Vivas, Carretero y Durruti.

El teniente Vivas dice a Silió:

—Cómo ibas a suponerte tú que tal día como hoy ibas a estar pegando tiros por estos picos.

—Naturalmente. Ahora estaría yo aún en la Ciudad Olímpica de Berlín. Y no tenéis idea con el entusiasmo con que acudía a la Olimpiada representando a España.

—Claro, claro. Pero Dios propone y la Patria dispone.

Carretero interviene:

—Te advierto que cuando me dijeron que estabas en Burgos no lo creí. Si no podías tener tiempo casi material para regresar de Berlín.

Silió aclara:

—Como que no perdí ni minuto. Verás: Estaba en la pista hípica del Stadium preparando el caballo, cuando me llamó un oficial alemán que llevaba un periódico en la mano. Me acerco y me dice: —«¿Usted sabe que en España se ha levantado el Ejército contra el

comunismo y se ha declarado la guerra civil?»— Chico, me quedó de piedra. Le rogué que me leyera el periódico, y al darme cuenta que era verdad, salí disparado en automóvil para Berlín. No estaba el Embajador, pero uno de los empleados, un tal Xamar, me confirmó de pleno la noticia.

—Así, sin rodeos, ¿no?

—Serían las seis y media de la tarde y me dirigí directamente a la Luthfansa para preguntar a qué hora salía avión para España. Me contestaron que a las siete de la mañana del día siguiente, con destino a Madrid y Barcelona; pero como yo no sabía si estas ciudades estarían en poder del Ejército o de los rojos, decidí salir al día siguiente, a las ocho, con dirección a París. Ya en París me orientaría mejor y sabría por dónde podría entrar en España para unirme cuanto antes a vosotros.

—Hiciestes bien.

—Al llegar a París ya conocí más detalles. La única entrada la tenía por Dancharinea, pero no era tampoco cosa fácil y mucho menos para un militar, estando nuestra Embajada de París controlada por el Gobierno rojo. Pero en fin, me moví lo mío durante cuatro días y por fin, con la ayuda de unos compatriotas, conseguí el pasaporte y entré en España como un Don Juan particular cualquiera. Me presenté en Burgos, y se terminó el sufrimiento.

—No es para que te pongas tonto, pero he oído elogiar en muchos sitios tu proceder.

—¡Vaya cosa! No hice más que lo que en mi lugar hubierais hecho todos vosotros. A ver si nos olvidamos que somos oficiales de Caballería. Me limité a cumplir con mi deber. De Berlín al Puerto del Pico, a la guerra, porque esto es una auténtica guerra.

El buen humor de Durruti surge sobre la marcha:

—Guerra y pico.

—¿Cómo guerra y pico?

—A ver. ¿No estamos en el Puerto del Pico?

—El capitán Silió (*) replica vivo:

—Te advierto que con otro así me haces volver a Alemania.

(*) El bravo y heroico capitán don Manuel Silió era uno de los más distinguidos oficiales del Arma de Caballería, y uno de los mejores jinetes europeos, ganador de numerosos Trofeos Hípicos en competidos Concursos internacionales.

Don Manuel Silió, luego de su ejemplar comportamiento en la conquista de la Sierra de Gredos, fué gloriosamente herido en la toma de Pozuelo y falleció en el Hospital de Grifón.

Carretero pone:

—¿Verdad que si te canto yo unas «bulerías» no te vas?

—¡Nunca!

—Pues por granadinas para que no te vayas:

¡Con cuatro jacas tordillas
y una jaca aaa pamploneeeesa!...

Durruti grita:

—¡El Pico! ¡Venga el Pico!

—¿El Pico?

—Sí, hombre. Para darte con él en mitad del cráneo.

Sobre unas piedras varios soldados comen a rebanadas un gran pan que les ha llevado un rapaz. Comen y fuman ansiosamente. Uno dice:

—Chico, yo ya estaba loco de ir toda la noche sin poder fumar. Y a punto de cargar vi como el teniente Herrero sacaba un pitillo, yo hice lo mismo y otros me imitaron. Yo me metí al galope con el pitillo entre los dientes.

—Y yo, y este que me pidió un cigarro cuando echamos pie a tierra en los parapetos estaban tirando y fumando. Nunca me ha sabido mejor el tabaco.

A las diez y media de la mañana se oye por las posiciones avanzadas un nutrido tiroteo. Es el enemigo que ataca por el ala izquierda a la «harca» de Méndez Vigo.

Los rojos se tiran por las laderas a la reconquista de los parapetos perdidos acompañados de un griterío infernal. En las posiciones sólo cuenta Méndez Vigo con unos trescientos hombres entre milicianos y Guardia civil, y los rojos pasan de mil. La lucha es notoriamente desigual. El enemigo comienza a tirar con ametralladora sobre las posiciones. El capitán Méndez Vigo, de pie, sobre una piedra, ofreciendo un temerario blanco al enemigo, grita a sus hombres:

—¡Dejad que se acerquen y asegurad bien el tiro, muchachos!

El fuego cargado de fusilería es intensísimo:

Méndez Vigo enciende tranquilamente un pitillo, envuelto por todas partes por una nube de plomo.

—¡Tranquilidad, valientes, que salís a cuatro rojos lo menos por cada uno!

Las balas rebotan levantando chispas de fuego sobre las piedras

de los parapetos. El enemigo logra situarse a unos quinientos metros del flanco izquierdo de nuestras ametralladoras.

Un hombre cae de bruces sobre las piedras de la posición. Es un voluntario de la J. A. P.

—¡Me han herido!

Es un muchacho alto y delgado, de piel bronceada, con gafas.

El voluntario logra incorporarse en un soberano esfuerzo y coge nuevamente su fusil, con el que sigue disparando con magnífica abnegación.

Méndez Vigo, que va recorriendo el parapeto, advierte que el voluntario tiene todo un costado manchado de sangre.

—¿Estás herido?

—Si señor, mi capitán. Pero no es nada, puedo seguir tirando.

Pero el joven va empalideciendo por momentos, perdiendo fuerzas sensiblemente, hasta que se le cae el fusil de las manos y queda apoyado con un hombro contra el parapeto. Quiere hablar, pero no puede. Por fin balbucea:

—¡Co... cogérme, que... me mu... ero!

Y el falangista Miguel Oñate, con su cara de Cristo velazqueño, audaz y decidido siempre, saca medio cuerpo fuera de la posición, y apalancándose con el brazo izquierdo, con el derecho levanta en vilo el cuerpo inanimado del camarada herido y lo posa suavemente en el fondo de la posición. Con el agua de su cantimplora moja el pañuelo y le empapa la frente al voluntario:

—¿Te encuentras mejor? Aguanta un poco que ahora te evacuarán.

—¡A-gua! ¡Un poco de a-gua!

El capitán Méndez Vigo llega de nuevo:

—¿Está desmayado?

—Debe ser grave. La herida la tiene en un costado.

—Este muchacho es de Valladolid ¿no?

Miguel Oñate le informa:

—Sí, se llama de apellido Sebastián, y sé que es hijo del Director del Banco de España de Valladolid. Ha peleado como un valiente. Habrá que evacuarlo, porque se está desangrando.

—Ahora está tirando el enemigo, que el que asome... Pero sí, si hay que evacuarlo pase lo que pase. Si no hay dos voluntarios que lo lleven, lo bajo yo a hombros.

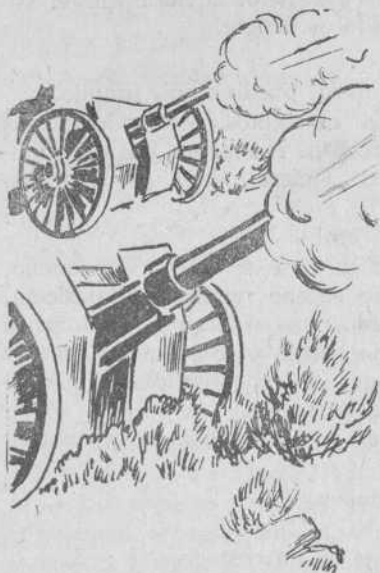
Jaime y Carlos Oñate, falangistas de Pedrajas de San Esteban, cuya actuación en la campaña es toda una ejecutoria de bravura y heroísmo, responden a un tiempo:

—¡Nosotros!

Y haciendo con las manos la llamada «silleta de la reina», se echan monte abajo llevando en brazos al camarada herido. Una granizada de balas les acompaña, siluetándoles, durante todo el descenso.

Las milicias de Méndez Vigo resisten enardecidas el acoso rojo, retrocediendo hasta las posiciones de segunda línea para no ser envueltas. El momento es decisivo; pero el coronel Monasterio que se ha dado cuenta del peligro, envía en ayuda de la «harca» tres escuadrones. Los rojos huyen a la desbandada ante el ímpetu de nuestros jinetes, que pie a tierra avanzan escalonadamente. Las posiciones avan-

zadas son recuperadas. Jinetes e infantes de España se abrazan emocionados tirando sus gorros al aire y vitoreando al Ejército y a las milicias.



DOS CAÑONES MENOS

Suena un estampido que resuena amplio en las oquedades de la sierra, y el estallido de una granada levanta una espesa polvareda junto a la carretera.

—Están tirándonos con cañón.

Al primer estampido suceden otros.

—Hay que localizar esas piezas.

A la derecha, próximo al camino, una granada estalla sobre el tejado de la Venta de San Martín del Pimpollar, ocupada por fuerzas de nuestras milicias. Parte de la Venta se desploma.

—Mi coronel: el enemigo tiene emplazadas dos piezas cerca del Pico, en un rellano del monte.

La artillería roja, ya localizada, sigue disparando, logrando incendiar la Venta de San Miguel.

Nuestras baterías toman posiciones en las cercanías de la Venta del Obispo, y rompen el fuego sobre los cañones rojos, logrando reducirlos al silencio y hacer huir a sus servidores.

El coronel Monasterio ordena preparar un avance con objeto de

apoderarse de los dos cañones rojos, que aunque abandonados están bajo el fuego de las ametralladoras enemigas, emplazadas como a unos quinientos metros al amparo de grandes piedras.

El avance se realiza por la noche, para el que se procede al relevo de los escuadrones y ametralladoras de primera línea por refuerzos de milicias y escuadrones pie a tierra de Calatrava.

La columna de la derecha, al mando del teniente coronel Monasterio y del comandante Balmori, la forman los tres escuadrones de sables y sección de ametralladoras de Farnesio.

Se emprende la marcha durante la noche, pasando por Venta Rasquilla y Paredes de Gredos, atravesando los arroyos y fuentes del Alberche para entrar en las primeras cuestas de la serranía. Se marcha en fila india sin fumar, y flanqueando el pueblo de San Martín del Pimpollar se llega a las tres de la madrugada a las faldas del Alto de la Cruz. Varios caballos del escuadrón del capitán Vaquero se meten en un tembladera, costando ímprobos esfuerzos sacarlos del fango.

La operación se lleva con exactitud matemática, desenvolviéndose las fuerzas como sobre un tablero, a pesar de realizarse en plena noche.

El coronel Monasterio ha distribuido las fuerzas en tres columnas: la de la derecha mandada por el teniente coronel Monasterio; la del centro por el comandante Marchena, y la de la izquierda por el teniente coronel Gavilán.

Se marcha directamente a la conquista del Puerto del Pico, posición de gran importancia por ser la única entrada de Norte a Sur para establecer el cerco de Madrid, en cooperación con las columnas que avanzan hacia el mismo objetivo por otros sectores.

Por las quebraduras del terreno y la espesura de los montes no se pueden hacer señales con linternas para combinar los movimientos de las columnas de los flancos con la del centro.



La primera que llega a las alturas iniciales del puerto es la columna de la derecha, pero el tiroteo con que es recibida por la izquierda, prueba que por este lado el enemigo está dispuesto a resistir. El teniente Carretero baja a dar cuenta al Coronel Monasterio, que se encuentra en la columna del centro, de que han sido tomadas las es-
tribaciones del sector derecho del Puerto, y que como se ve avanzar por las cresterías de la derecha la columna de ese sector, puede avanzar también ya la del centro. El coronel Monasterio, ante las situaciones indicadas, ordena el avance de la columna central al mando del comandante Marchena, que se realiza en fuerte galopada, por la carretera, con una batería de artillería hasta la entrada del puerto.



El momento es de gran emoción. Las fuerzas del ala izquierda, mandadas por el teniente coronel Gavilán alcanzan ya las crestas más altas de ese lado, en uno de cuyos rellanos tiene el enemigo emplazadas las dos piezas anteriormente citadas. Al llegar a la altura los soldados echan pie a tierra y se oye gritar entre la descarga de la fusilería enemiga:

—¡A por ellos! ¡A por ellos!

Varios soldados, poseídos de un loco frenesí se tiran hacia el terraplén, donde se hallan situados los cañones rojos. Las balas levantan pequeñas nubecillas de polvo al horadar la tierra que va abriéndose a su paso. El mayor núcleo de la fuerza avanza parapetándose de piedra en piedra hasta lograr desalojar al enemigo de sus posiciones

de primera línea, desde las que tienen bajo su fuego el terraplén con las piezas.

Los tenientes Unibaso, Moreno y Catalina, arengan con voz inflamada a sus hombres. Se vive bajo una lluvia de plomo que no basta a detener a nuestros bravos caballeros. Un soldado de Villarrobledo rueda mortalmente herido con la cabeza acribillada por los disparos de las ametralladoras rojas. El teniente Unibaso coje su fusil y protegiendo con su cuerpo al soldado caído, dispara rodilla en tierra; luego se

descubre en piadoso homenaje ante el cadáver y deja cruzado sobre el pecho, como la banda de una Orden heroica, el fusil con el cañón aún humeante.

En el teraplén los soldados han llegado hasta los cañones, y puestos de pie sobre sus ruedas y cureñas, con las manos izadas al cielo, gritan roncós y bravos: ¡Viva España!

LA CONQUISTA DEL PUERTO DEL PICO

Arde ya el sol en los cielos, iluminando la magnitud del panorama y la belleza de la guerra resuelta en una nueva conquista para España.

La columna del centro, mientras las dos laterales atacan por los flancos al enemigo, avanza derechamente hacia las lomas asiento del Pico. En la plazoleta de la cima ondea una bandera roja y desde los parapetos y piedras que la rodean, el enemigo, hábilmente resguardado, resiste aún disparando a granel sobre las fuerzas de la columna central que prosigue su escalada indiferente al fuego que se le hace. Los soldados, de pie sobre los estribos, marchan cantando el Himno de Falange, cuyos versos retumban triunfales en los picachos de los montes.

Trepan los caballos entre romeros y breñales. Toda la sierra es un infernal crepitar de fusilería. La columna de la derecha es la que va más avanzada, y cuando llega a unos trescientos metros de la cúspide, el Mando ordena que se eche pie a tierra. El enemigo ha aclarado sus filas en la plazoleta, y se ve ya muchos rojos iniciar el descenso buscando la huida.

Quedan pie a tierra tres escuadrones y la sección de ametralladoras de Farnesio. Los soldados avanzan desplegados en guerrilla, disparando por descargas cerradas. Ya queman los cañones de las tercero-las y se lucha a escasa distancia, iniciando nuestras fuerzas un movimiento envolvente sin detener el avance su sector centro perpendicular a las posiciones rojas. Una nueva orden resuena imperiosa:

—¡Alto el fuego! ¡Al asalto!

De detrás de las piedras de las quebraduras del terreno irrumpe como una gran ola la primera línea de Farnesio, que avanza con un rodar de trueno sobre los parapetos.

—¡A ellos! ¡Viva España!

El arranque de nuestros soldados tiene todas las magnificencias de una epopeya. Están a quince metros de las fortificaciones enemi-

gas, y esta distancia es salvada a grandes trancos inviolables, envueltos en un aire de furia y de heroísmo que obliga a los rojos al abandono de sus parapetos rehusando la lucha cuerpo a cuerpo.

Se ve a los rojos tirarse temerariamente por las cortadas próximas envueltos en una densa nube de polvo. Sólo un grupo de unos veinte no ha tenido tiempo para abandonar las posiciones, y sobre ellos caen los bravos de Farnesio en una lucha encarnizada a culatazos, a disparos a quemarropa y a mordiscos.

El teniente Herrero llega en cabeza seguido del brigada Primitivo Sánchez. Ambos pistola en mano consumen sus cargadores matando entre vítores, blasfemias y gritos de dolor.

Primitivo Sánchez lucha a brazo partido con un rojo hercúleo disputándole la posesión del fusil, que cede y se mueve al impulso de las cuatro manos que enérgicamente lo aferran. El brigada rueda el brazo imprimiendo al arma un movimiento de aspa, y el rojo, al quedar desarmado, hace un movimiento rápido para sacar su pistola. El triunfo se decide en un instante. Primitivo Sánchez se le adelanta, dejando caer con la violencia de una maza, la culata del fusil sobre la cabeza de su enemigo, que rueda con la frente manchada en sangre.

Sobre un castillete de piedras flamea la bandera roja. El soldado Francisco Vega avanza con otra roja y gualda extendida a los vientos.

—¡Viva España!

Y con ella izada sobre sus hombros, con el brazo izquierdo extendido como si fuera el timón de su triunfal carrera, va escalando hasta el castillete. La figura de la victoria, esculpida en mármoles que el Mundo guarda en sus Museos, parece cruzar la plazoleta.

Francisco Vega arranca la bandera roja, y en el momento de sentar entre las piedras la gloriosa enseña de España, cae herido de un balazo. Su cuerpo rueda confundido entre los colores de su bandera.

Otro soldado le sigue. Es Juan Cañibano, natural de Villanueva del Campo (Zamora). Cañibano recoge de tierra la bandera bicolor y la clava como un trofeo máximo entre las piedras del montículo. Bajo sus pliegues, con la mano derecha sujeta el astil, rompe en vítores enardecidos:

—¡Viva el Ejército!... ¡Arrib...

Y un plomo asesino le hiere mortalmente, cayendo de rodillas como frente a una ara sagrada.

—¡Me han matado! ¡Granuj...

El cabo José Fernández y los soldados Juan Baron, Justo López, Santiago Mateos y Fidel Hernández, que fueron de los primeros en



llegar al Pico, recogen al compañero, que lleva en la pechera de la guerrera una gran mancha roja.

El resto de las fuerzas van entrando victoriosas en el Pico. Un clamor vibrante de triunfo tiembla en mil gargantas. Los soldados reciben al coronel Monasterio, artífice director de la gran conquista, con entusiastas muestras de júbilo.

—¡Viva el coronel Monasterio!

El coronel Monasterio replica modestamente:

—Todos hemos cumplido con nuestro deber. ¡Viva España!

LAS ALAS ROJAS Y LA LIBERACION

A las seis de la tarde, sobre las posiciones del Ejército, ya en el declive del Valle denominado de Cinco Villas por tener en él asiento los pueblos de Cuevas, Montbeltrán, Villarejo, San Esteban y Santa Cruz, apareció un avión enemigo.



El objetivo del trimotor rojo, protegido por un caza que volaba a gran altura, parecía ser preferentemente nuestra artillería y los caballos. Estos se hallaban repartidos por grupos y semienvueltos entre árboles y piedras.

El avión arrojó treinta y dos bombas sobre nuestras posiciones a penas sin causar daño; pero localizados los caballos de un escuadrón de Numancia, arroja sobre ellos otras bombas, que al caer próximas al lugar donde el ganado se encontraba, asustan a los animales que rompen los ronzales y emprenden una desenfrenada carrera por los campos. A las pocas horas, los caballos dispersados son recogidos todos ellos, algunos a la altura de la Venta de Santa Teresa.

El avión es tiroteado en sus repetidos vuelos sobre nuestras líneas por las fuerzas pie a tierra guarecidas detrás de las piedras y entre los matorrales.

EL SEÑOR CURA DE VILLAREJO

El Mando sospecha que ya localizadas nuestras fuerzas por la aviación enemiga que se ha retirado al entrar la noche, volverá al día siguiente con objeto de reanudar su bombardeo, y en vista de ello el coronel Monasterio ordena continuar el avance para bajar al valle de Cinco Villas y que se haga la marcha de noche con el fin de sus- traer los movimientos de la columna a las observaciones de la aviación enemiga.

El descenso se emprende a las cuatro y media de la madrugada; a las seis se llega a los estacionamientos y a las siete quedan todos los elementos de la columna acantonados y enmascarados contra la obser- vación aérea de tal modo, que minutos después aparece un avión ene- migo que vuela sobre las posiciones sin conseguir localizar nuestra si- tuación, ya que únicamente arroja ocho bombas sobre un puesto dis- tante sin causar ningún daño.

La entrada de la columna en Villarejo es emocionante en alto gra- do. El pueblo que estuvo anteriormente en poder de los rojos come- tiendo en él toda clase de desmanes, recibe a nuestras tropas con deli- rante frenesí. Las mujeres se abrazan a los cuellos de los caballos, no dejándoles avanzar para vitorear a los jinetes.

—¡Vivan nuestros salvadores! ¡Nuestros salvadores!

—¡Viva la Caballería! ¡Viva el Ejército!

Repican las campanas, el vecindario llenaba las calles con su es- truendo de gritos y aclamaciones. Las mozas obsequian a oficiales y soldados con jarras de vino.

—Esto es lo único que nos han dejado esos criminales: un poco de vino.

Un fraile hijo del pueblo, al que los rojos milagrosamente respe- taron, pone en conocimiento del capitán don José María Balmori que el cura párroco del lugar, al que los marxistas querían asesinar, se hallaba escondido desde hace más de ocho días en un almiar de las afueras. El capitán Balmori envía a un sargento y a unos soldados en su busca, y a los pocos minutos hacía su entrada en la plaza el cura

libertado a lomos de uno de los caballos del Ejército. Iba el buen párroco disfrazado con traje de pastor, la barba crecida y la huella del sufrimiento en el semblante. Su llegada fué saludada con grandes aplausos y muestras de afecto por el vecindario y hasta por la misma tropa, que ya era conocedora de su cautiverio. Eran las diez en el

reloj de la torre. A las once, como domingo, se celebró en la Iglesia del pueblo una misa de gracias que dijo el mencionado fraile, ya que el cura titular, desfallecido y enfermo, apenas podía tenerse en pie.

A la misa asistió todo el pueblo y las fuerzas que constituían la columna.

Se improvisó para el religioso acto un altar de madera con unos cajones, y bajo las naves medio destruidas se apiñaron soldados y paisanos mezclados en una misma fe inquebrantable. Oraban s o b r e

cascoes, sobre trozos de capiteles requemados, sobre las astillas de los confesonarios destruidos, y en el momento de Alzar, más de mil hombres reunidos hincaron sus rodillas en tierra como si las posaran sobre una alfombra de flores.

Se había conquistado para España el Puerto del Pico, y había que dar a Dios cuenta de ello.



El próximo Episodio:

“La conquista de Retamares
por la columna de Castejón”

Los grandes éxitos de librería

LEA USTED

Hacia una nueva España

(De la revolución de Octubre a la revolución de Julio, 1934-1936), por FRANCISCO DE COSSIO,

5 pesetas

¡Campesinos, contra la ciudad!

(Un libro de combate contra el marxismo y sus hombres, en el que por primera vez se traza en esquema la nueva doctrina), por DANIEL GUERRERO DE LA IGLESIA,

5 pesetas

La guerra civil en el frente de Guipúzcoa

Julio-Agosto de 1936 (con la columna del comandante Galbis). Libro intenso y emocionante, fiel reflejo de la vida en campaña, por M. MORALES,

5 pesetas

**Librería SANTAREN
VALLADOLID**